



«RAMUNTCHO»

DE PEDRO LOTI

A dos pasos de Hendaya, donde el Bidasoa desemboca en el Océano, una sencilla cañonera francesa cumple el servicio de vigilancia de la línea divisoria internacional. El jefe que la manda, desde hace cuatro ó cinco años, es el eximio escritor francés, universalmente conocido y estimado, Pedro Loti, el autor de los *Pescadores de Islandia*, de *Mi hermano Ives*, de *Crisantema* y de tantas otras bellísimas producciones literarias en las que con toda verdad y en encantador estilo ha descrito lo mismo las magníficas soledades del Pacífico, que las islas de Taiti con sus mares de coral, que los tristes y brumosos paisajes de Islandia, que la Tierra Santa, y que la Bretaña sobre todo, tantas veces pintada por los escritores franceses y puesta de relieve como nunca, con vivos y verdaderos colores, por Loti, como si nadie, antes de ahora, se hubiera ocupado de ella.

Era imposible que un hombre tan inspirado, tan genial, de tanto talento de observación como él viviera en constante contacto con un país tan original y sugestivo como el basco, sin que del alma del artista no surgiera alguna creación que reflejara el hondo efecto que la

Naturaleza y la vida de cuanto le rodeaba produjeran en ella. Loti escribe sin esfuerzo, sin premeditación, sin artificio alguno, con una naturalidad admirable, impulsado por la inspiración que siente ante los cuadros que contempla y por la envidiable facilidad que tiene de realizar, de hacer, expresando en correcta, animada y rápida frase cuanto brota en su pensamiento. El país basco se infiltró hondamente en su espíritu, con sus hermosos paisajes de la montaña, de los valles y del mar, con el carácter típico persistente de sus habitantes, con sus animadas y patriarcales costumbres, con su misteriosa lengua y con sus creencias y sus pasiones, y una vez inspirado, sin preocuparse para nada de la erudición, ni de la ciencia, ni de nada que fuera ajeno á lo que la contemplación de aquella tierra daba de sí, en toda su sencillez, sin proponerse presentar un trabajo de rebuscado estilo, un escrito forzosamente artístico, dejó correr la pluma con «un *laisser-aller sans façon ni détour*», como se dice entre sus compatriotas, y apareció la obra, en la que el suelo y su gente están pintados con toda belleza y con toda verdad.

Ramuntcho (*Ramoncho*, diminutivo familiar y afectuoso de Ramón ó de Raimundo) se titula el nuevo libro de Pedro Loti, y en él un sencillo enredo novelesco, lleno de dulzura y de fe, propio del país en que se supone ocurrir, y enteramente opuesto á los de las novelas psicológicas del naturalismo decadente que los escritores de las grandes capitales forjan en su vida artificial y en los antros de su fantasía, sirve de armazón para desplegar los hermosos cuadros de la tierra euskalduna.

Ramuntcho, un *mutill* guapo, fuerte y animoso, gran jugador de pelota, ágil contrabandista, incomparable bailarín del *aurreku*, y ávido de correr y ver el mundo, es novio, desde la niñez, de Graciosa, su vecina, una muchacha hermosa, inocente, tímida, una *neskacha* modesta y encantadora. Pasados los años incomparables de la adolescencia, Ramuntcho sirve tres años en el ejército, y al volver á su aldea ve morir á su madre, y sabe con espanto que Graciosa, obedeciendo á imposiciones de su familia, es monja en un convento de España, dentro de las provincias y no lejos de la frontera. Sólo en el mundo, vaga errante por las montañas, y, resuelto al fin á todo, concibe el proyecto de ir al convento donde se oculta su amada, apoderarse de ella y huir á Buenos Aires. Cuenta para ello con la aprobación y concurso de un hermano de Graciosa, condiscípulo y amigo

suyo de toda la vida; vende su casa de la aldea, encarga á Burdeos que tengan tomado el doble pasaje, y llegan los dos amigos á la puerta del monasterio, dispuestos á sacar de él á la jóven por consentimiento ó por fuerza. La Superiora y Graciosa, que se llama en el claustro sor Angélica, reciben á los bascos con encantadora dulzura, y éstos, que creían que su incredulidad y su valor les daría ánimos para todo, al encontrarse ante aquellas santas é inofensivas mujeres, vestidas de oscuros hábitos y con los virgíneos rostros rodeados de blancas tocas; al verse en aquel sagrado lugar donde todo parecía infundir respeto y paz, se sienten sobrecogidos, paralizados, y en la dolorosa entrevista se convence Ramuntcho de que ante los votos pronunciados por Graciosa no hay remedio posible, y que se encuentra separado de ella por un abismo tan infranqueable como el de la muerte. El valiente mozo se confiesa convencido y vencido, y no sólo no roba á su antigua enamorada, sino que ésta y la Superiora los acompañan para despedirlos hasta el coche, que cerca del convento tenían preparado para el rapto,

Sube en él Ramuntcho y parte sólo á embarcarse á Burdeos, dejando aquí todas sus ilusiones, todas sus esperanzas y todo su sér, mientras que sor Angélica, dentro de las cuatro tapias de su monasterio, ahogando sus lágrimas y sus pesares, pide y pedirá por el desterrado.

Con tan hermoso, natural y simple argumento está sostenido el artificio de la novela; pero en su desarrollo aparece vivo, lleno de movimiento, de luz y de armonía el pueblo basco de allende el Pirineo. En numerosas páginas, que atraen con el irresistible encanto del arte, se encuentran descritos los trabajos de los aldeanos en el bosque y en los sembrados; los bailes durante las tardes de los días festivos en la verde campa delantera de la iglesia; las reuniones y la animación de las sidrerías; las tertulias del caserío en torno al fogar; los partidos de pelota; las aventuras de los Contrabandistas que se escurren por la frontera al través de los derrumbaderos y de los ríos; los paseos de los jóvenes por las sendas escondidas que los castaños y los nogales sombrean; las ceremonias y costumbres apenas alteradas al través de los siglos; los personajes típicos, exclusivos, que habiendo recorrido el mundo unos, ó no habiendo salido jamás de su barrio otros, figuran en primera línea por su relieve ó importancia entre aquellas pacíficas gentes; y, en una palabra, todo lo que un genial observador como Loti sabe ver y grabar en su alma, con la rapidez y exactitud propias

de la cámara instantánea más perfecta, para revelarlo después y reproducirlo y contarlo, no con el inerte y servil claroscuro que caracteriza al natural, sino con las perfecciones, animación y poesía que á las reproducciones de la Naturaleza saben dar el pensador y el hombre de genio para que resulten verdaderas obras de arte.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Por su fortaleza las mujeres más que á los hombres se igualaban á las fieras; ellas mismas, en tiempo de la guerra cantábrica, mataron á sus hijos para librarlos del cautiverio. Si los Cántabros morían en poder de los enemigos, veíales el suplicio entonar cantos triunfales: *non nulli ex Cantabris ab hostibus capti in cruce lætitiæ Pœan canebant*, dijo Horacio. Y éste excelso poeta afirmó de la nación cántabra que era la sola agitada, la obstinadísima, la que no aprueba la doctrina ni admite las leyes de los romanos; la que abomina su imperio, se opone á su fortuna y resiste á sus legiones.

Había similitud de costumbres entre todos estos montañeses septentrionales: *Talis ergo vita est montanorum eorum, qui Septentrionale Hispaniæ latus terminant, Gallaicorum, Asturum, Cantabrorum, usque ad Vascones et Pyrœum, omnes enim eodem vivunt modo*: (Strabon, lib. III.)

Al enumerar los pueblos occidentales que formaban el ejército de Hannibal, Silio Itálico, nombra primeramente al Cántabro, que ni el frío, ni el calor, ni el hambre abaten, victorioso en las más árduas empresas, enamorado del peligro; pueblo que se adelanta á la inacción y la decrepitud, arrojándose desde encumbrada roca, antes que la lenta vejez cubra de canas su cabellera; pueblo que no quiere vivir sin combates y llama á la paz, oprobio: *Cantaber ante omnes, hiemisque*